



IΦ-Sophia

Revista eletrônica de investigação
filosófica, científica e tecnológica.

Recebido em: 15/10/2024

Aprovado em: 01/11/2024

Publicado em: 30/12/2024

LA OSCURIDAD DE LA INDIVIDUALIDAD Y EL VACÍO DEL OLVIDO: SÍNTOMAS DE NÁUSEA POR LA CONTEMPORANEIDAD²

THE DARKNESS OF INDIVIDUALITY AND THE VOIDANCE OF FORGOTTENNESS: SYMPTOMS OF NAUSEA DUE TO CONTEMPORANEITY

A ESCURIDÃO DA INDIVIDUALIDADE E A ANULAÇÃO DO ESQUECIMENTO: SINTOMAS DE NÁUSEA DEVIDO À CONTEMPORANEIDADE

LA MALLUMO DE INDIVIDUECO KAJ LA VAKCINO DE LA FORGESO: SIMPTOMOJ DE NAUZO HODIAŬ

Ser esclavo del Diablo, en definitiva, es una cuestión voluntaria de la que la consciencia se puede librar. Sharman y Greene.

Claudia Arcila Rojas³

Resumen

Las relaciones que se establecen en la época contemporánea han estado determinadas por el criterio de la conveniencia y el síntoma de la individualidad impuesto por el dogma capitalista. En este fundamentalismo de la productividad, se ha privilegiado el afán dentro de los protocolos del consumo, y se ha desviado el deseo hacia la oferta de mercancías dispuestas a complacer, de manera efímera, las demandas de una sociedad asaltada por el olvido. Ante esta realidad la imagen que puede representar la desventura humana, se refleja en la denominada prueba faústica, en la cual se ilustra el pacto con el capitalismo poniendo en consignación el alma. Con este precedente del silenciamiento de la memoria, la presente reflexión propone una narrativa hermenéutica para posicionar el acto poético como la enunciación que expone el vacío y su sentido esperanzador de la búsqueda y la construcción del sentido de la vida. En esta ruta se reflexiona el auténtico obrar humano en evocación de la verdad y la belleza que acontecen en el devenir del espíritu absoluto, entendido como manifestación ontológica en la cual se integra el adentro y el afuera como travesía de renovación y diversificación incesante de la vida.

Palabras clave: Individualidad. Contemporaneidad. Vacío. Deseo. Memoria. Poética.

² Este artículo se deriva del proyecto investigativo: Espiritualidad, saberes y prácticas culturales en el territorio

³ Doctora en Filosofía y docente investigadora de la Universidad de Antioquia, Facultad de Educación, Colombia; perteneciente al grupo de investigación "Somos palabra". E-mail: claudia.arcila@udea.edu.co



Abstract

The relationships established in contemporary times have been determined by the criterion of convenience and the symptom of individuality imposed by capitalist dogma. In this fundamentalism of productivity, desire has been privileged within the protocols of consumption, and desire has been diverted towards the offer of merchandise ready to please, in an ephemeral way, the demands of a society assaulted by oblivion. Given this reality, the image that human misfortune can represent is reflected in the so-called Faustian test, in which the pact with capitalism is illustrated by putting the soul on consignment. With this precedent of the silencing of memory, the present reflection proposes a hermeneutic narrative to position the poetic act as the enunciation that exposes the void and its hopeful sense of the search and construction of the meaning of life. On this route, authentic human action is reflected in evocation of the truth and beauty that occur in the future of the absolute spirit, understood as an ontological manifestation in which the inside and the outside are integrated as a journey of renewal and incessant diversification of life.

Keywords: Individuality. Contemporaneity. Empty. Desire. Memory. Poetics.

Resumo

As relações estabelecidas na contemporaneidade têm sido determinadas pelo critério da conveniência e pelo sintoma da individualidade imposto pelo dogma capitalista. Neste fundamentalismo da produtividade, o desejo foi privilegiado nos protocolos de consumo, e o desejo foi desviado para a oferta de mercadorias prontas a satisfazer, de forma efêmera, as exigências de uma sociedade assaltada pelo esquecimento. Diante desta realidade, a imagem que a desgraça humana pode representar se reflete na chamada prova faustiana, em que o pacto com o capitalismo é ilustrado pela entrega da alma à consignação. Com esse precedente do silenciamento da memória, a presente reflexão propõe uma narrativa hermenêutica para posicionar o ato poético como a enunciação que expõe o vazio e seu sentido esperançoso de busca e construção do sentido da vida. Neste percurso, a ação humana autêntica reflecte-se na evocação da verdade e da beleza que ocorrem no futuro do espírito absoluto, entendido como uma manifestação ontológica em que o dentro e o fora se integram como um caminho de renovação e de diversificação incessante da vida.

Palavras-Chaves: Individualidade. Contemporaneidade. Vazio. Desejo. Memória. Poética.

Resumo

La rilatoj kiuj estis establita en nuntempaj tempoj estis determinitaj per la kriterio de oportuno kaj la simptomo de individueco trudita de kapitalisma dogmo. En ĉi tiu fundamentismo de produktiveco, la deziro estis privilegiita ene de konsumprotokoloj, kaj la deziro estis deturnita al la provizo de varoj disponeblaj por kontentigi, en efemera maniero, la postulojn de socio atakita de la forgesitaj. Fronte al ĉi tiu realo, la bildo, kiu povas reprezenti la homan malfeliĉon, estas reflektita en la tiel nomata faŭstika provo, en kiu la pakto kun la kapitalismo estas ilustrita per konsignado de la animo. Kun tiu ĉi precedenco de la silentigo de la memoro, la nuna pripensado proponas hermeneŭtikan rakonton por poziciigi la poezian agon kiel la elparolon, kiu elmontras la malplenon kaj esperplenan signifon de la serĉado kaj la konstruo de la signifo de la vivo. Sur ĉi tiu



IΦ-Sophia

Revista eletrônica de investigação
filosófica, científica e tecnológica.

vojo, aŭtentika homa laboro reflektiĝas en la elvoko de vero kaj beleco, kiu okazas en la iĝo de la absoluta spirito, komprenata kiel ontologia manifestiĝo en kiu ĝi integriĝas interne kaj ekstere kiel vojaĝo de renovigo kaj senĉesa diversiĝo de vivo.

Ŝlosilvortoj: Individueco. Nuntempa. Vakuo. Deziro. Memoro. Poetiko.

INTRODUCCIÓN

La sociedad individual y sus relaciones en la época contemporánea son el reflejo del más pretencioso afán del capitalismo por convertir la riqueza en el criterio de la capacidad adquisitiva que pone en exterioridad un lugar diferencial en el cual sobresale la apariencia. Esta es la imagen protagónica del individualismo dentro de la exclusividad de relaciones de conveniencia que tienen lugar en la contemporaneidad y que posicionan la riqueza como recurso material que deja de ser la relación con la tierra para convertirse en una relación con el dinero.

Despojar la tierra de su sentido de la riqueza y de su relación con el cuidado y la defensa de la vida, conduce a otro referente de valores en el cual se apropia la idea de la riqueza como el acumulado de capital en amplia liquidez para su interacción con la oferta. En este sentido, la riqueza se entiende en reacción con lo que el mercado ofrece y con la inmediata satisfacción a lo que se demanda, lo cual siempre será un deseo en correspondencia con el catálogo de vitrinas de este modelo económico.

En esta perspectiva, las peticiones y complacencias de estas individualidades dentro de la contemporaneidad se inscriben en la especificidad del producto, el cual, en sí mismo, no responde a un deseo que emerja en profundo sentido con la vida. Compensar la inmediatez del deseo hace parte de la lógica del libre mercado y su ininterrumpido despliegue de mercancías que ponen en desatención el cuidado de la vida y su mismo sentido.

En esta precariedad reflexiva, el deseo pierde su vínculo con el sentido más profundo que lo representa, a saber, el palpito de la voluntad en manifestación de un vacío que trasciende la inmediatez material en su connotación accesoría. Desear implica atender a la voluntad que se expresa en consonancia con la memoria de la vida en ontología de la belleza; el deseo es un movimiento vital donde la belleza se encuentra en la voz de la verdad y, por ello mismo, en los actos de la poesía, los mismos que se cuentan en la narración y en su recorrido por el inagotable devenir del espíritu:



Cuando yo era joven se despreciaba lo narrativo, se lo llamaba anécdota y se olvidaba que la poesía empezó siendo narrativa, que en las raíces de la poesía está la épica y la épica es el género poético primordial, narrativo. En la épica está el tiempo, en la épica hay un antes, un mientras y un después, todo eso está en la poesía. (Borges, 2011, p. 356)

De este modo, recuperar el sentido de la vida constituye una tarea en contemplación y comprensión de otros y nuevos horizontes alternativos donde la anécdota se vuelve acontecimiento en la profundidad y en la exterioridad narrativa de la palabra. Sin duda, estas nuevas travesías están asistidas por el espíritu de la fuga; por el palpito intuitivo que pone en tono lento las vibraciones del corazón. Es la travesía de Ítaca (Cavafis, 1995) inspirando a regresar a los panales de miel donde la palabra se endulza y el silencio se dispone a la melodía del medio día (Nietzsche, 2011); al tiempo supremo de la representación.

Ahora bien, aunque esta fuga poética es el efecto de un deslizamiento vertiginoso sobre una sociedad líquida compulsiva por el consumo y el anestesiamiento de los sentidos (Bauman, 2003) y, además, determinada por las consignas del capitalismo que pretenden desconocer el dolor “combatiéndolo con fuertes dosis de analgésicos, muchas veces innecesarios” (Otálvaro, Aldana Y Viloría, 2017, p.p. 180-181), nos asiste un deber pedagógico en gesto de atención, cuidado y defensa de la vida, a través de una obra donde las manos y el lenguaje se vuelvan a corresponder con la poética que sugiere la puesta en escena de lo vital; la representación que encarna la palabra como un guion en evocación e integración del tiempo dentro de un tejido con los tonos y texturas del pasado, el presente y el futuro. Artesanía épica frente a ese momento oracular como acontecimiento que dejó de ser ignorado; dolor atendido, inquietud expresada: memoria que irrumpe en el alma y libera el sentido del asombro, lo insólito de la infancia y la extrañeza de una metamorfosis.

Encuentro con la palabra como metáfora que cuenta un renacimiento; el soltar lo que ha generado peso; el entregar y agradecer por lo que ya no amerita ser cargado. En este camino del afuera, se nombra y se afronta la poética desde la esperanza; el camino de la vida que, en medio de los dilemas y las incertidumbres, nos presenta un atajo que parece ilustrar la causa de la libertad en una mayoría de edad que no se define por la cronología, sino, por la capacidad de tomar decisiones (Kant, 1986).

La decisión es por la vida misma, pero desde otros horizontes que no limiten el sentir, el pensar y el decir en el catálogo ideológico del capitalismo; los horizontes



alternativos del obrar para poder cumplir con la tarea hermenéutica desde la imagen de la “bisagra entre lo que se ve y permanece oculto” (Vásquez, 2017, p. 5); imagen que puede nombrarse como la representación del afuera, concebida como un encuentro para trazar el paisaje de un camino que nos pondrá a prueba con “los significados profundos de todas las cosas.” (Vásquez, 2017, p. 5)

A partir de esta narrativa en hermenéutica por el sentido de la vida, el pensamiento del afuera (Foucault, 1997) y su esencia poética, busca sostener la fuerza común del amor como horizonte alternativo dentro del adentro de las regulaciones, abriendo y haciendo del trayecto interior la extensión y la representación de ese afuera donde todo lo que había estado oculto “adopta allí la forma de una imagen [...] solicitando la profundidad de todos los sentidos posibles” (Blanchot, 1969, p. 20).

En esta intimidad hermenéutica que se despliega como territorio mítico en diversidad vital, se hace necesaria la degustación de la superficie, la contemplación de la cicatriz, la escucha de lo que pasa, el gesto para detener los sonidos, los olores, los colores; sostener en las manos la sensación de la vida y ponerla en poética como artesanía de múltiples formas e imágenes de sentido.

En esta laboriosidad hermenéutica, la vida es el devenir por donde el espíritu transita a través de todas las formas de vida, extendiéndose en experiencia material y en infinita renovación de imágenes semánticas, las cuales encuentran en la poética nuevas ideas que fortifican la cultura: “El hombre diversifica las formas creativas a través de la evolución de la cultura. La evolución de la cultura nace de la evolución geológica, y las altera [...]. La alteración que hace el ser humano de su planeta es el retrato de sus ideas” (Otálvaro, Aldana Y Viloría, 2017, p. 171), las cuales deben cuidarse de no amalgamarse en una ideología que puede entenderse como “una doctrina que restringe las posibilidades hermosas de las ideas” (Otálvaro, Aldana Y Viloría, 2017, p. 171).

Así las cosas, precisar el sentido de la poética como una tarea hermenéutica, supone situar la deriva narrativa en rumbos oblicuos, sombreados y bordeados, asistidos por otros matices comprensivos que van tendiendo puentes con otros encumbramientos de la palabra y con otras mediaciones de sentido que se amplían como mantas de arropo frente al desamparo de la incertidumbre, asumido como un enigma custodiado por la muerte o, lo que es igual, representado por una evocación épica en fertilidad de todo el escenario narrativo.



Es pues, la poética, el puente de unión entre el resplandor y la sombra, el amanecer y la noche, el sol y la luna; un nuevo día de la esperanza que recuerda la calma cuando la tarde es anunciada por la tormenta y el anochecer por un grito de soledad y locura. Sobre esta travesía se definen nuevos rumbos comprensivos que, sostenidos por *el eslabón de lo visible y lo invisible*, siguen los renglones sublimes que también cuentan la vivencia humana en la representación del adentro y el afuera como un cuerpo que vence el temor a lo eterno y deja de sentirse como “un sumiso animal doméstico [al que] le bastaba, cada mes, la limosna de unas horas de sueño, de un poco de agua y una piltrafa de carne” (Borges, 2009, p. 996).

Con esta vitalidad que también es agonía, el acontecimiento poético se engrandece con la finitud de la materia porque cada memoria de aquello que es único e irrepetible, se convierte en sencillo mensaje de belleza. De tal modo, se alude a la profundidad que deja de ser una densa abstracción con las palabras y se asume como un movimiento leve de la vida, pues lo profundo requiere condiciones para crecer hacia abajo y volver a la semilla que ofrece el mensaje de la vida a través del poder mágico de la palabra y de la sabia dulzura de la memoria.

APERTURA DEL TEMA

En virtud de este panorama introductorio, la fuga es un movimiento poético donde el devenir espiritual y material de la vida se conjugan para desplegarse en la vivencia del territorio mítico, recogiendo las huellas y memorias de prácticas y saberes de resistencia a través de la belleza. Frente a un mundo definido por la mercancía, la belleza de la vida se expone a través del arte; frente a un mundo de dominación capitalista, la libertad se expresa a través de las palabras, y no como una manifestación en unicidad de tonalidades sobre formas; es el arte de la palabra que también es movimiento y sonoridad de la libertad, la dignidad y la justicia.

En este viaje poético por la memoria, se pueden encontrar las palabras que, pese a evocar escenas de miedo y dolor, mantienen el vínculo con la belleza y la verdad por ser las expresiones estéticas del amor y éste, el motor inmóvil (Aristóteles, 2013) que convierte la vida en arte. En tal sintonía, las subjetividades en fuga se cuentan a través de la poesía que se une al pueblo a través de un “profundo hilo de piedra” (Neruda, 1983, p. 214) que surca memorias tan viejas como sabias.



En esta profundidad, la gema en filigrana es una memoria cuya consideración de antigüedad y sabiduría significa el “vínculo con ese misterioso mundo interior [...], un mundo oculto, lleno de riquezas y potencialidades, en el que no podemos penetrar sin el consentimiento de sus soberanos invisibles (Sharman y Greene, 1998, p.39) que aguardan y custodian el afuera y sus abismos.

Poética de la roca y de la arena, del mar y el desierto; imágenes de fuga y resistencia a los códigos monetarios y a su voracidad de la tierra, de la vida, de la diversidad y la belleza. Buscar la libertad en el territorio del afuera que, además de ser vértigo también es abrigo de ese mundo subterráneo tejido por sueños, fantasías e intuiciones.

De esta manera, junto al hilo de la piedra, los hilos oníricos, fantasmales e intuitivos con los cuales la vida y el arte disponen los territorios de la pesadilla y el amanecer, de las sombras y los resplandores, de los pálpitos y la calma; memorias y semillas de otros tiempos que se citan con el espacio y su llave que abre territorios secretos (Varo, 2015).

El tiempo del afuera es la eternidad del alma; es el antes, el durante y el después que hace del territorio poético el lugar secreto revelado por el oráculo para habitar apaciblemente el mundo. Es considerar la belleza del mundo desde el arquetipo de la calma, cuyo nombre del amor es la tranquilidad que no hace de la eternidad un valle de lágrimas.

Habitar poéticamente el mundo es el manifiesto de un movimiento humano que busca cambios en el adentro para experimentar apaciblemente el afuera; es la conciencia de lo trascendental que trasciende la individualidad; es la evocación del espíritu de la libertad que recuerda los horizontes de la dignidad y la justicia; es el mensaje con el cual las palabras dulces “sostuvieron en su canto una rosa [y]la mostraron en los callejones para que se supiera que la vida no será siempre triste” (Neruda, 1983, p. 21).

En esta tarea poética de la palabra, intentar entender nuestra casa lingüística representa el esfuerzo de responder a la pregunta *¿Qué significa pensar?*, lo cual supone reconocer que las palabras en las que habitamos tienen la energía que concede la fuerza para que la materia logre transitar el tiempo que le corresponde, porque, a diferencia del maltrato intencional que anticipa un deterioro o la misma muerte, toda materialidad se corresponde con un inicio y un final en equivalencia al ritmo de su fortaleza. En este



preâmbulo, se reconoce el viaje del pensamiento gracias al lenguaje, el cual, en su sentido narrativo significa un volver al acto creador con las palabras; al sentido vital de la enunciación que es movimiento y sonido de todas las formas que habitamos el mundo.

En dicha tesis, el no habitar se entiende como la quietud y el silencio que bien podría reflejar la imagen de la muerte; de aquello que no está en la casa del lenguaje, de lo que ya no es ser, es materia vacía de la energía y, por lo mismo, materialidad que ya ha cumplido el tiempo de su fuerza: *hay tiempo para todo lo que se hace bajo el cielo: tiempo para nacer y tiempo para morir*, como lo declara el axioma bíblico.⁴ El tiempo de la formación que, como el de una flor, recorre todo el colorido de vida hasta el momento de su opacamiento (Zambrano, 2009); tonalidades que narran el camino como un antes, un durante y un después donde transita eternamente la vida.

Ahora bien, este tránsito de la vida como una experiencia formativa, atraviesa grandes pruebas y enfrenta a inimaginables aprendizajes, muchos de ellos motivan profundas satisfacciones y muchos otros generan profundas desdichas. En estas profundidades emergen ilusiones y decepciones que ponen el pensamiento en riesgos de creación, pero también de destrucción; riesgos que, desde la causa formativa, deben procurar el triunfo de la creación sobre la destrucción.

Desde esta perspectiva, la travesía narrativa es el retorno al pensamiento de la vida que, desde la poética de la palabra, invita a la tarea hermenéutica en amor con la obra que podrá expresar la belleza y la verdad de un acontecimiento en trascendencia de la mismidad y en experiencia de la diversidad como posibilidad de ser en otredad; no sucumbir en la individualidad de la desdicha ni en la limitación del pensamiento que se encuentra ante el límite de la vida; desafiar este riesgo y acontecer en el afuera de las palabras: en su poética de manifestaciones simbólicas y ceremoniales narraciones.

En coherencia con todo ello, volver al sentido narrativo del pensamiento supone la reconciliación poética con la palabra; el reencuentro con la fuente mítica que moldea el barro y sopla el sentido de la vida, el cual no es otro diferente al del eterno movimiento por las diversas formas en que se expresa la materia: “Lenguaje y trabajo son exteriorizaciones en las que el individuo no se retiene y posee ya en él mismo, sino

⁴ Eclesiastés 3:1-8



en que deja que lo interior caiga totalmente fuera de sí y lo abandone a algo otro” (Hegel, 1993, p. 186) en cuyo tránsito está en devenir el espíritu absoluto.

En este recorrido fenomenológico por la arquitectura secreta, se despliega el antes, el durante y el después de la dialéctica poética, es decir, del proceso dinámico de composición en tejido de acontecimientos dispersos, a través de los cuales se descifra la verdad de la narración, como si de un momento agónico se tratara; momento épico ante la prueba del enigma; confrontación con el oráculo que pone en el cuerpo la revelación del destino, o, si se quiere, la memoria de un pacto que traza el camino con la experiencia del amor.

En atención a todo ello, reflexionar la sociedad individualista y sus relaciones en la época contemporánea, como un entramado de transacciones imaginarias que idealizan la mercantilización de la vida, depara la agonía del espíritu como efecto del cansancio arandelario que ignora el momento de pausa e intimidad con la memoria. La palabra y el gesto de sentido propician esta evocación mediante el recorrido que busca un destino, lamentablemente “escindido en multitud de obras y estados” (Hegel, 1993, p. 189) y, aun así, un destino que permita una experiencia de “realidad en el mundo.” (Hegel, 1993, p. 189), a través de la magia y la belleza de su espacialidad en conciencia.

Esta tensión entre el alma con sus búsquedas y el mundo con sus ofrecimientos deja al descubierto la señal de la calma como premisa, guardiana y anfitriona después de la tormenta, así como el guiño de la esperanza al fondo del cofre de la vida. De este modo, en lo profundo de la desolación, el aliciente de un esfuerzo de vigilancia y observación logra expresarse como manifestación vital en la exterioridad real, en la cual, el individuo:

[...] no queda mudo en su acción exterior y con respecto a ella, porque al mismo tiempo se refleja en sí y exterioriza este ser reflejado en sí; y esta acción teórica o el lenguaje del individuo consigo mismo acerca de esto es también perceptible para otros, porque es él mismo una exteriorización (Hegel, 1993, p. 189).

En esta manifestación, como realidad en el mundo, se recorre la vivencia y se narran otras relaciones donde la memoria actualiza su rumbo al hogar. La palabra se hace cauta, así como su gesto, y como la posibilidad de acoger la autenticidad del sentido; el recuerdo puede recuperar el camino para que otra voz se esculpa; el lenguaje



se hace obra y en ella se expresa la elección de habitar poéticamente el mundo. Se adquiere, entonces, la belleza suprema que pareciera ser “un don vedado” (Borges, 2011, p. 48) a la experiencia humana, pero que, en realidad, es la creación poética que convierte toda palabra en una oda al silencio y a su gesto de profunda reflexividad.

Esta narrativa vivencial Borges la presenta como una imagen estética en la cual se lima “cada letra y cada palabra (2011, p. 46) en su recorrido por la interioridad y la exterioridad del *espejo y la máscara*, hasta llegar al filo de una *daga*. Ir cumpliendo la travesía artística replicando la realidad y las emociones que definen su relevancia histórica; atender las minucias que componen el fenómeno y lo simbolizan como un emblema; afilar su mensaje para que atraviese el cuerpo y agite la sangre; afilar la espada y volver a empuñarla, no para renovar los votos con la batalla, sino, para volver al espejo y contemplar el rostro en exteriorización de lo oculto; poner en el afuera el adentro como si de una nueva imagen se tratara; descubrir el rostro que había estado guardado y desenmascarar la intimidad donde había estado sometido el espíritu; liberarlo y, con esta evocación, reanudar la travesía del alma que sabe narrar la vida sin aislar el cuerpo; narrar la vida en sensibilidad, sin reducirla a una fórmula o a un esquema.

En lamentación con la contemporaneidad, porque además de limitar lo humano a los imaginarios de individualidad y a la tendencia reivindicativa de la diferencia dentro de patrones consumistas que expresan las relaciones con el mundo en clave del cumplimiento del deseo, también impone las restricciones o expansiones discursivas que definen las formas de sintetizar o interpretar un fenómeno. El mismo acontecer de la inquietud como dilema entre el alma y el mundo, y además, como construcción o posibilidad de una búsqueda, es adaptada a los cánones titulares del lenguaje bajo criterios de hegemonización de la misma individualidad.

Este posicionamiento hermenéutico que narra el fenómeno de la individualidad y sus relaciones en la época contemporánea asume la diferencia en las disposiciones y disponibilidades consumistas en vista del encadenamiento de imágenes que circulan, tanto en las lógicas de las vitrinas mercantiles, como en las dinámicas de las relaciones sociales. Es pues, el mercado, el que encara la autoridad para el diseño de las fórmulas y formas de actuar dentro de la sociedad capitalista.



En este devenir de apreciaciones, resulta desconcertante la docilidad con la cual se defiende el rigor conductual que sanciona los riesgos, abismos y trayectos del pensamiento que ponen en el afuera el lenguaje. Afirmaba Foucault (1997) que el pensamiento del afuera sugiere el vértigo y el sosiego de la vida para poner las palabras en la experiencia de la transgresión que también significa el desnudamiento de una intimidad en discontinuidad con los códigos de la individualidad consumista.

Ahora bien, este consumo o esta facultad adquisitiva anulan el sentido de la búsqueda, ya que no se corresponde con una travesía que acoge lo que es ofrecido por el sistema de relaciones comerciales. Fausto entrega su alma para poder adquirir lo que satisface sus deseos efímeros, pero ¿qué desea su alma? Esta pregunta y la búsqueda que sugiere no es posible dentro del capitalismo; es una pesquisa en el afuera como territorio de fuga de los protagonismos, programaciones y propagandas; en el afuera de “una astronomía sublime en el infinito de nuestros corazones” (Borges, 2010, p. 90); ese afuera donde “el Abismo verdadero, [...] es el alma del nombre” (Borges, 2010, p. 90) intentando fugarse del pacto faústico (Goethe, 2000) en el cual se cumple toda enmascarada del deseo.

El alma y su tiempo en la memoria, al encontrarse en el cautiverio de las mercancías, se despojan de la autenticidad del deseo y pierden el recuerdo de la felicidad, la cual deja de ser un viaje en el asombro contemplativo y en el descanso en tranquilidad, para ensombrecerse en la pesadilla de una competencia por poseer. Al desatenderse el sentido de la vida también se esquivo la verdad de la felicidad, pese a los grandes esfuerzos reflexivos donde la filosofía y la poesía coinciden para narrar las imágenes del deseo que habitan en el alma.

En tal direccionamiento, asumir una postura reflexiva o un paisaje de conceptos que pretendan narrar la realidad en el mundo desde los códigos del alma, no ha dejado de ser una vana ilusión de anunciar el pensamiento desde el aliento interrogativo que mueve las aguas del lenguaje (Heidegger, 1972) para conservar el aspecto cristalino de la libertad y su profundidad reflexiva en la creatividad.

La banalidad de esta ilusión es reemplazada por la consistencia lineal que apela a los dispositivos terminológicos del mercado, los cuales son validados para los eventos discursivos, en respuesta a los requerimientos estructurales y a sus instrucciones de operatividad subjetiva para la composición y proposición de sentido. De este modo,



operativizar el lenguaje es también operativizar el cuerpo dentro de desempeños ideológicos institucionales que garantizan relaciones de mutua aprobación, con las cuales se refuerzan ideas que ponen en cuestión otras posturas de sentido.

Por ello y en virtud de lo establecido, se sostienen premisas paradigmáticas que anulan la sensibilidad y su inquietud hermenéutica como un atributo narrativo que es origen de la poesía en su devenir como un antes, un mientras y un después de la vida, en cuya riqueza lingüística se anuncia la felicidad de la metáfora. El mismo Borges se refiere a este aspecto en el tributo que le hace a La Divina Comedia:

Cuando yo era joven se despreciaba lo narrativo, se lo llamaba anécdota y se olvidaba que la poesía empezó siendo narrativa, que en las raíces de la poesía está la épica y la épica es el género poético primordial, narrativo. En la épica está el tiempo, en la épica hay un antes, un mientras y un después, todo eso está en la poesía. (2011, p. 356)

A la luz de esta oportuna aclaración sobre lo narrativo, se reitera el lamento frente a los imponentes e insistentes reclamos que cuestionan el ordenamiento de las palabras en descripción, evocación o poetización de la experiencia, pretendiendo declarar la contemporaneidad como el modelo para las acciones, actuaciones y enunciaciones humanas, todo dentro de un gran teatro de representaciones guiadas por el capitalismo en su abundante desfile de etiquetas que aluden, de manera explícita y soterrada, a la necesidad y pertinencia de categorizar la instrucción y convertirla en brújula que dirige el cumplimiento o la desatención de lo reglamentado.

En tal sentido, la contemporaneidad se ha esforzado en persistir en la maquinización formativa de lo ideológicamente correcto o lo protocolariamente permitido. Se enclaustra el pensamiento y se amordazan las palabras; se inmoviliza el mundo y se petrifica la vida. Se inmuniza el cuerpo y se enmudece el sentido. *¿Qué significa pensar?* Esta es la pregunta que se extiende como reflexión filosófica en la artesanía de subjetividad de Heidegger, como urgencia de recuperar el vínculo pensante con la utopía y así, poder conservar el movimiento del lenguaje, el cual, como la vida misma en sus pliegues y despliegues más complejos, es dialéctico y, por lo mismo, mudable.

Se infiere con esto, el acto migratorio de las palabras al nivel del aliento, esfuerzo, compromiso y convicción del pensamiento, o, lo que podría ser lo mismo si en



una dimensión de lo integral nos encontráramos, a la altura, pulcritud y liberación del espíritu. A modo de aforismo podría decretarse como: *del encumbramiento del pensamiento y de la consistencia del espíritu, da cuenta la elocuencia y el devenir de las palabras*. A este esfuerzo reflexivo conduce el lenguaje cuando el pensamiento y el espíritu se disponen a reflejarse en lo que es dicho.

En esta transformación se pasa del ocultamiento al develamiento, del mostrar el adentro o manipularlo; del poner en al afuera lo que nos constituye o lo que nos desmiente, pues, podría pasar que, de acuerdo al camino recorrido por la memoria y a su capacidad contemplativa, lo interior se sintiera extraño y supeditado a un sistema de creencias que opera dentro de “un lenguaje cuyos sonidos y combinaciones de sonidos no serán la cosa misma, sino algo enlazado con ella caprichosamente y puramente contingente para ella” (Hegel, 1993, p. 187).

La manifestación del interior obedece, entonces, al movimiento de la unidad como destino al que conduce el espíritu en sacrificio de la singularidad y en cumplimiento de la fuente cósmica que “es su alma y su esencia” (Hegel, 1993, p. 210) desatada de los credos y las sospechas de maldad a través de la belleza, ya que ella, la belleza en sí misma, es escurridiza a cualquier apreciación que la niegue como fuente del amor y causa de la verdad.

En esta trascendencia de los categóricos de la contemporaneidad que permean también la militancia espiritual a la que no le basta con el principio del amor y su tejido universal, se superan los dogmas de conciencia y los preceptos ideológicos que parecen autorizados para adjetivar jerárquicamente las formas que la vida o el arte expresan, y ubicarlas dentro de calificativos de perjuicio o pertinencia de acuerdo a la pirámide de valores en la cual la individualidad predica.

En este panorama y en la insistente lamentación por los estragos de la contemporaneidad en los sentidos de habitar y relacionarse con el mundo, es de aclarar que, independientemente de las motivaciones que ponen a rondar en la cabeza diferentes valoraciones que perciben la maldad y pretenden alertar o salvar de ella, es un hecho que la palabra erigida como un don mesiánico o como una declaración de verdad que se impone en pretenciosa actitud de liberar de un yugo, no deja de ser una falsificación del lenguaje carente de todo sentido de unidad y, por lo tanto, de todo sentido de lucidez:



[...] solamente en el espíritu universal tiene cada uno la certeza de sí mismo, o sea la certeza de no encontrar en la realidad que es más que a sí mismo; está tan cierto de los otros como de sí. Intuyo en todos que son para sí mismos solamente esta esencia independiente, como lo soy yo; intuyo en ellos la libre unidad con los otros, de tal modo que ella es a través de mí lo mismo que a través de los otros; los intuyo a ellos como yo, y me intuyo a mí como ellos (Hegel, 1993, p. 210).

Este prometedor paisaje de la alteridad, ofrece la sabiduría y la virtud como prácticas de sí en vivencia de lo universal y, por lo mismo, en palabra que teje, integra y procesa con medida la experiencia de la belleza y la verdad, que también son expresiones del amor en tanto fuente de la vida. En este horizonte, lo universal es la expansión de la vida que se manifiesta como exteriorización de lo interior, es decir, del palpitar esencial que teje lo visible y lo invisible en la permanencia de la belleza y en su diversidad de tonalidades para ser comprendida. De tal modo, el lenguaje en general y, de manera particular, la voz poética, recoge la verdad del amor por ser semántica primigenia para el ordenamiento de la belleza.

Ahora bien, la palabra de la belleza pacta con la verdad para que la vida sea el camino en el cual la memoria del amor siempre esté arrullando el alma. A la luz de este eco, la poesía es el efecto universal que cuenta los recuerdos del alma para escenificar la contemplación de un símbolo que inspira al camino contemplativo de una búsqueda.

Este deambular simbólico otorga el don contemplativo como disposición interior para anunciarse en desprendimiento del artificio y, por ello, en conciencia de lo sublime como perpetuidad que purifica de la muerte y despliega el renacimiento de la vida dentro de una bella finitud en devenir por extrañas arquitecturas.

No obstante, la finitud sigue también las reglas de lo divino toda vez que depara un acontecer de fases que van presentando y ausentando lo que en su ser también es un desaparecer y un retener para componer la belleza del lenguaje. Por esta vía, la travesía de esta búsqueda supone trascender lo efímero o irlo abandonando a medida que el mismo camino pone sus pruebas.

En este aprendizaje se recorre la causa de la inmortalidad en fatiga del cuerpo y sometimiento al padecimiento onírico entre las alusiones y alucinaciones de la muerte que hacen del dolor un espejismo que pareciera definir y revelar el destino. El mismo Fausto desciende a “una especie de horror sagrado” (Borges, 2009, p.992) donde la soledad, la locura y la muerte arrojan a la experiencia del vacío para probar el propósito



del camino y seducir a que la memoria se aferre a cualquier imagen que logre conmover en alegría.

En el vértigo de este vacío, experimentar la necesidad de recuperar y reivindicar la lealtad es el síntoma inequívoco del extrañamiento frente a las relaciones de individualidad en conveniencia y apetencia dentro del escenario contemporáneo, predominantemente ajeno a una ética de interpelación con el orden moral (Mèlich, 2010). Innegablemente, la complacencia ante la lealtad denota la condición de fragilidad que establece una profunda cercanía con el dolor humano.

Por ello, el enrostramiento con el desgaste y la vulnerabilidad, constituye el registro biográfico que pluraliza la vivencia y el atestiguamiento del sufrimiento, y el cual, también expresa la coherencia de la reacción y la reflexión frente a toda atrocidad, así como la compasión en postura ética y oposición a toda forma y sentido del ultraje. La vida, en la premisa del amor y su expresión en belleza y verdad, parece ser un anacronismo que la sociedad contemporánea resuelve en la inmediatez y transitoriedad del objeto, de la mercancía y las diferentes materialidades que pretenden salvar de la precariedad de sentido.

Por ello, la sociedad líquida (Bauman, 2013), en la que todo fluye sin permitir el abrazo de la memoria con la vivencia, habrá de encontrar su momento para el desbordamiento y, por ello mismo, para acontecer como disolución de lo transitorio, pues solamente en este desbordamiento será posible volver a considerar lo que sostiene, lo que permanece pese al paso del tiempo y los mismos embates del olvido.

De este modo, la memoria volverá a ser el lienzo de la obra de la belleza con los múltiples tonos de la verdad; volverá a disponerse para exteriorizar el amor que es eterno en la imagen que acompaña y auxilia; el amor como espíritu inalterable, pero en movimiento a través de las formas y sentidos que lo comunican. Por ello, el amor cuenta con tantas nominaciones, versiones y experiencias, ya que están sujetas al nivel de comprensión y evocación que se le haya permitido al alma, es decir, a la actuación virtuosa que ha sabido librar las batallas contra el olvido y encontrar los nombres que al amor le corresponden.

Estar a la altura de afrontar estos embates de la contemporaneidad, en tanto tiempo de la premura adquisitiva, representa un altísimo estado de conciencia en la contemplación y reflexión de esa imagen que acompaña y auxilia y, a su vez, brinda la



posibilidad de pensar y apropiar el lenguaje en cercanía a un estado que sugiera sensibilidad. Ser en la mirada anfitriona capaz de recibir la lluvia como un mensaje de la memoria para el reencuentro; poder mirar el agua como el significado de esta causa donde las lágrimas revelan la claridad de lo profundo.

En este devenir de contemplación sublime se acoge, no solamente el sentido sino también el sentimiento de la felicidad en una entrega o posesión de la memoria que hace fluir el espíritu del deseo hacia el saber del amor como lo deseado, lo pactado y lo evocado. En la certeza de este aprendizaje, le asiste a la contemporaneidad la necesidad de encontrar la pausa para el sepultamiento de sus propios principios y la remembranza del sentido que permite volver a la autenticidad de la vida.

El mismo Fausto expresa la condición insoportable del sinsentido y la tremenda necesidad de acogerse en el alma para evocar los saberes eternos como arquetipos de la felicidad: disfrutar la contemplación sublime y apreciarla como manifestación de los elementales que despliegan la sensibilidad, el pensamiento y la palabra; contemplaciones que dan qué sentir, qué pensar y qué decir frente a la *multiplicidad orgánica* que de estos elementales se deriva: “El agua, el aire, la tierra, las zonas y el clima son esos elementos universales que constituyen la esencia simple indeterminada de las individualidades y en las cuales éstas, al mismo tiempo, se reflejan en sí” (Hegel, 1993, p. 157) a través del todo.

Apreciaciones de cierre

La belleza expansiva de la vida es añorada por el alma que sabe discernir las determinabilidades que separan a través de prejuicios, y las reconcilia en las *relaciones esenciales* que no se reconocen en “*leyes* como éstas: los animales pertenecientes al aire tienen la estructura propia de las aves y los pertenecientes al agua la de los peces” (Hegel, 1993, p. 157). En estas restricciones de la observación que no atiende a las memorias del alma y al movimiento de su aguja reflexiva, se ofrece el vínculo de un elemento con la expresión de la materia, mostrando, a través de estas explicaciones “una pobreza que no corresponde a la multiplicidad de lo orgánico” (Hegel, 1993, p. 157).

Tal vez sea este, el momento en el cual, de la mano del opacamiento del capitalismo, también se derrumben imágenes que han alimentado el relato del corte, del afilamiento y las distancias. La aguja del alma se teje al sentido de la espada, de la



navaja y de la daga como espejos donde la vida se refleja y se reflexiona entre rostros y máscaras que constituyen la gran diversidad en la cual somos y nos renovamos.

En este dinamismo, en el cual se expresan las formas y las esencias del fuego que también es aire, agua y tierra, junto con todas las manifestaciones de la diversidad expandida, se desmiente el guion de la contemporaneidad y los vestigios epistemológicos heredados de la fragmentación del conocimiento como separación de la vida. Pero, además, se cuestionan las escenas ornamentales de la publicidad que pretende dar respuesta a la pregunta por la felicidad sin atravesarla con el hilo del alma en tejido de sus rocas y arquitecturas sagradas.

Este momento anfitrión de la belleza en supremo nivel de alteridad, recuerda el tiempo lento de la memoria o la verdadera pausa que concede la calma como el antes, la continuidad y el después de la tormenta; permite ver el amanecer en el transitar de la noche, la luz en la fuente de la oscuridad y la compasión en la revelación inesperada.

El asombro por lo inesperado, la sorpresa ante una felicidad más misteriosa que la de la lluvia, es la felicidad del recuerdo con el cual se puede afirmar que “No hay placer más complejo que el pensamiento” (Borges, 2009, p. 996); el de mover las palabras con el oleaje del destino que permite ver a Homero a través de sus palabras y de otras palabras que sueñan su inmortalidad en la imagen de un troglodita “tirado en la arena, donde trazaba torpemente y borraba una hilera de signos, que eran como las letras de los sueños, que uno está a punto de entender y luego se juntan” (Borges, 2009, p. 993); pero además de estos asombrosos relatos por donde lo infinito se filtra, poder considerar con tal lucidez lo universal en la certeza que le atribuye Borges al hecho de que todo ser humano ha debido o deberá “componer, siquiera una vez, la *Odisea*. Nadie es alguien, un solo hombre inmortal es todos los hombres” (2009, p. 995); la posibilidad de ser en la grandeza y en la miseria que el espíritu experimenta en la dimensión tangible.

Imágenes de la felicidad que, no obstante, también expresan el sentido del suplicio y la calma que, aun acompañando todos los tramos de la tormenta, se hace esquiva y tan extraña como la esperanza. Pero la tormenta es agua que se anuncia con el relámpago extendiendo sobre la inmensidad del cielo el resplandor de la calma; es trueno que manifiesta el fuego y agua que arrulla como epílogo estético y pedagógico de una nueva posibilidad onírica.



La posibilidad de soñar el agua realizándose en las formas de ríos, cascadas, mares, manantiales, arroyos, quebradas, pozos y lágrimas; el agua que también es lluvia, granizo, nevado, peces, corales y algas; el agua que baña la arena, cubre las piedras y las montañas; riega jardines y prados; habita la tierra y florece en plantas, árboles, hongos, lombrices, frutas y verduras; primavera de la lozanía y otoño del marchitamiento; misterio arquitectónico que recuerda la semilla en el mensaje del amor como fuente dialéctica de la vida.

Volver a la riqueza de la tierra donde anida la semilla del amor avivando el vuelo de aves, ángeles, insectos, mariposas, hadas y demás espíritus que soplan en el manto invisible del aire; volver a la riqueza de la tierra donde el agua es cuerpo, sensibilidad, emoción, inquietud, pasión, dolor, muerte y renacimiento; es el oleaje de la verdad y la belleza donde el amor se cuenta sin otro aliento que el de la libertad que también es la voz del viento, en cuyos rugidos cantan y bailan los espíritus visibles e invisibles, así como se escuchan los susurros de todas las deidades y los más silenciosos mensajes divinos. El agua es palabra del aire enseñando el sentido de la libertad que no puede confundirse ni reemplazarse con la publicidad del mercado.

Ninguna mercancía, dentro del gran e ininterrumpido arsenal de objetos que el capitalismo le entrega a la contemporaneidad, podrá responder a la libertad como la capacidad de pensar mientras se recuerda el sentido de la vida, pues la libertad enmarcada en la capacidad adquisitiva y en sus llamados a la inversión, al endeudamiento y al riesgo por algo que responda al eufemismo de la felicidad, continúa siendo un engaño.

En esta treta capitalista, se contiene la imagen de la individualidad sometida al manifiesto de la contemporaneidad redactado en el vacío del olvido. Y si bien el compromiso de este sistema es alimentar la sensación nihilista con objetos que continúan afianzando la idea capacitista para el vínculo adquisitivo, se agudiza de tal manera este vacío del olvido que la misma nauseas por el consumo, pone en el ocaso el desenfreno del apetito.

Apetecer pasa a ser un gesto del deseo que se niega al aforismo del consumo y al refinamiento que estrecha las relaciones de conveniencia para satisfacer la individualidad en desamparo del humanismo planetario. El deseo emerge en busca de lo que había abandonado, lamentando, por un lado, la pérdida de vínculos trascendentales,



por otro lado, el olvido de la vida como tejido integral de autenticidad en el apoyo, y por otro lado más, la precariedad sensible incapaz de la compasión y la identificación con el sufrimiento, así como la indiferencia y su tolerancia a la injusticia y a la reacción ventajosa como criterio de pertenencia a imaginarios de felicidad que trazan homogeneidades en las prioridades del consumo.

El retorno al sentido del deseo como búsqueda en aprobación de la vida, sugiere, en vista de todo lo recorrido, comprender lo que significa pensar en la conquista de la libertad frente a todas las limitaciones que coartan el espíritu; significa devenir en trascendencia de las esquematizaciones y estigmatizaciones que separan y determinan relaciones fundamentadas en similitudes de enajenación.

Este camino aproxima a la orilla poética que reflexiona el humanismo como una travesía donde la vida debe ser defendida de las formas y caracterizaciones generacionales que también son empaques del capitalismo. El espíritu ha devenido como fuente del amor y ha estado asistido por la libertad para contemplar la verdad y poder reflexionarla en la profundidad de su belleza. No hay pues, una dimensión generacional que pueda restringir la libertad a una búsqueda determinada por lo accesorio; el deseo por la libertad reconoce la causa del amor como fundamento de la dignidad y la justicia y, por ello mismo, no hay propósito que se inscriba dentro de un momento histórico, ni dentro de un sistema ideológico y productivo que enmascara el sentido y reduce su autenticidad al saqueo lingüístico y al despojamiento de la belleza y la verdad como atributos para nombrar el deseo.

En tal perspectiva, la dimensión faústica de la contemporaneidad, declara la prueba con el deseo desde una relación con el tiempo de la productividad y el afán de poseer lo que promete felicidad. Ahora bien, en virtud del olvido, el vacío de sentido no se satisface con el itinerario de accesorios y procedimientos que han manipulado la belleza y la verdad al desligarlas del amor como principio de la vida. La belleza y la verdad se instalan en el aforismo de la adquisición con la falsa idea de la felicidad considerada como un estado de complacencia que desconoce la necesidad y privilegia el deseo ¿Cuál deseo? El de poseer para mantener engañado el vacío; el de consumir para aislar del reencuentro con la memoria; el de habitar el afán para no retornar a los panales de la dulzura.



No obstante, y pese al semblante desolador que pareciera cernirse como un mal que ha superado los cien años, y un cuerpo que pareciera haberlo soportarlo más de lo suficiente, se retorna a la certeza de que “las fuentes de la alegría son más hondas que las del dolor (Anónimo, 1987, p. 165) porque remiten “al conocimiento superior que procede del amor” (Anónimo, 1987, p. 165) y que supone el devenir de una subjetividad en paso por “la transformación de la conciencia personal en conciencia cósmica” (Anónimo, 1987, p. 645) o si se quiere, que trasciende el dictamen de lo individual y sus vínculos de conveniencias adquisitivas.

Se trata, entonces, de manifestar en plena reconciliación con el adentro y el afuera que acoge lo interior y el interior que no es extraño al exterior, es decir, la obra humana en auténtica atención y expresión de la vida; más allá de las relaciones ideológicas que, para el caso de la contemporaneidad, suponen una identificación en conveniencia con el artificio. Trascender el artificio es la expresión de la virtud que ha logrado desplegar sus *dones, capacidades y fuerzas* en la concepción y convicción del bien como lo universal.

En este rumbo, la virtud expresa una individualidad que ha trascendido a lo universal y a su verdadera realidad, cuya conciencia es la memoria que responde a la pregunta por la felicidad en contra vía con la manipulación del *curso del mundo*. Sin embargo, y en vista de que la contemplación de lo universal “se halla del mismo modo a la disposición de la conciencia de la virtud y del curso del mundo, no es posible percatarse de si, así pertrechada, la virtud vencerá sobre el vicio.” (Hegel, 1993, p. 227)

Sin duda, se trata de una prueba con el carácter y el manejo de los dones, los cuales “buscan mantenerse y realizarse por medio de la lucha” (Hegel, 1993, p. 227), con la cual “la conciencia virtuosa entra en la lucha con el curso del mundo como con algo contrapuesto al bien” (Hegel, 1993, p. 227). Ahora bien, este esfuerzo de la virtud no puede vulnerar el curso del mundo, ya que su lucha consiste en habitar de otras maneras y con otros ritmos, ese curso o concurso de individualidades en reacción y relación de conveniencia.

Es una travesía en conciencia íntima que traza niveles y voluntades diferentes para desligarse de esas relaciones de conveniencia, lo cual significa que, para trascender la individualidad que había distanciado de la virtud, se requiere de un acontecimiento y un acontecer interior que despliega la lucha sin que desborde el afuera de la muerte



como manifiesto de quietud, silencio y ausencia. Es más bien, un semblante de elocuente reflexividad en cuyo asombro se contempla la belleza de la vida y se escucha la voz del oráculo revelando los nombres y la verdad del amor.

Bibliografía

- ANÓNIMO. **Los arcanos mayores del Tarot**. Barcelona: Herder Editorial, 1987.
- ARISTÓTELES. **Metafísica**. Lexington: Tecnibook Ediciones, 2013.
- BAUMAN, Z. **Modernidad líquida**. España: Fondo de Cultura Económica, 2002.
- BLANCHOT, M. **El libro que vendrá**. Venezuela: Monte Avila, 1969.
- BORGES, J. **El inmortal**. *Obras completas I*. Buenos Aires: Emecé, 2009.
- BORGES, J. **El espejo de los enigmas**. *Obras completas I*. Buenos Aires: Emecé, 2010.
- BORGES, J. **La Divina Comedia**. *Obras completas III*. Buenos Aires: Emecé, 2011.
- CAVAFIS, C. Ítaca. En: *Obra escogida*: España: Edicomunicación S.A, 1995.
- FOUCAULT, M. **El pensamiento del afuera**. Valencia: Editorial Pre-Textos-, 1997.
- GOETHE, J. **Fausto**. Bogotá: Panamericana Editorial, 2000.
- HEIDEGGER, M. **¿Qué significa pensar?** Buenos Aires: Ed. Nova, 1972.
- HEGEL, G. **La fenomenología del Espíritu**. Colombia: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- KANT, E. **Respuesta a la pregunta ¿qué es la ilustración?** Bogotá, 1986.
- MÈLICH, J. **Ética de la compasión**. Barcelona: Herder, 2010.
- NERUDA, P. **Odas elementales**. Barcelona: Editorial Bruguera, 1983.
- NIETZSCHE, F. **Genealogía de la moral**. Barcelona: Editorial Gredos, 2011.
- OTÁLVARO, F. ALDANA, E. y VILORIA, A. **Crítica a la teoría de la evolución pura. Hacia la belleza estructural**. En: *Revista Ludus Vitalis*. Vol. XXV, 2017.
- SHARMAN-BURKE, J. y GREENE, L. **El Tarot místico**. Madrid: Editorial EDAF, 1998.



IΦ-Sophia

Revista eletrônica de investigação
filosófica, científica e tecnológica.

VARO, R. Cinco Llaves del mundo Secreto de Remedios Varo. España: Atalanta, 2015.

VÁSQUEZ, F. Hermes y la tarea hermenéutica.

<https://fernandovasquezrodriguez.com/2017/01/13/hermes-y-la-tarea-hermeneutica/>, 2017

ZAMBRANO, M. Las palabras del regreso. Madrid: Ediciones Cátedra, 2009.